
Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, o se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la «Sociedad de Autores Españoles» son los encargados exclusivamente de conceder o negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

Edición autorizada por su autor para "Teatro Mundial".

FÉLIX COSTA, IMPRESOR; ASALTO, 45, — BARCELONA

JUDITH

TRAGEDIA BÍBLICA, EN TRES ACTOS Y EN VERSO

ORIGINAL DE

FRANCISCO VILLAESPESA

ESTRENADA POR LA COMPAÑÍA MARGARITA XIRGU ·
EMILIO THUILLIER.



BARCELONA

BIBLIOTECA «TEATRO MUNDIAL»

21 — Calle de San Pablo — 21

1915

PERSONAJES

JUDITH, viuda hebrea.
HEGLA, su sierva.
RODOPIS, cortesana griega.
HOLOFERNES, general asirio.
ELIACIM, sumo sacerdote de Israel.
AQUIOR, rey de los ammonitas.
MEGABIZES, soldado ammonita.
HERALDO asirio.
ASSUR, capitán asirio.
SHARAZER, capitán asirio.
MANASÉS, capitán israelita.
VAGAO, eunuco.
CENTINELA israelita.
ANCIANO 1.º, israelita.
ANCIANO 2.º, israelita.
UN SOLDADO HERIDO, israelita.
UN COPERIO asirio.
HOMBRE 1.º, israelita.
HOMBRE 2.º, israelita.
UN CAPITÁN asirio.
UNA VOZ.
EL CADÁVER DE OZÍAS.

*Cortesanas, mujeres israelitas, capitanes, soldados,
gente del pueblo, centinelas, turibularios, arpistas.*

*La acción, en Betulia y en el campamento de Holo-
fernes.*



ACTO PRIMERO

Una plaza en Betulia. Al foro, los ciclópeos lienzos de la muralla, y en el centro de ésta, protegida por dos fuertes torreones cuadrangulares, una de las puertas de bronce de la ciudad. A la izquierda, en primer término, resplandeciente de mármoles, el atrio del templo, sostenido por altas y pesadas columnas de granito, al cual se asciende por una espaciosa gradería. A la derecha, la fachada de la casa de Judith y la desembocadura de una amplia vía.

ESCENA PRIMERA

ELIACIM, con sus fastuosos ropajes y su tiara gemada de sumo sacerdote, orando en la gradería del templo; ANCIANOS y PUEBLO, orando también al pie de la gradería; turibularios, en el atrio, agitando rítmicamente sus turibulos de plata, sujetos por largas cadenas de oro; músicos, acompañando la oración con sus salterios, en el primer tramo de la gradería, y CENTINELAS, inmóviles como estatuas, en las torres que custodian las puertas, embrazando sus anchos escudos y apoyados en sus largos lanzones. En las corazas y en los cascos centellea la gloria del sol.

ELIACIM (Con los brazos tendidos al cielo.)

¡Oye nuestras súplicas, Señor de Israel!

EL PUEBLO

¡Oye nuestras súplicas, Señor de Israel!

ELIACIM

Tú, que nos libraste de la servidumbre
de Egipto, de nuevo no dejes caer
tu pueblo en más duras y odiosas cadenas!...
¡Que no vuelvan grillos a ceñir tus pies!
Tú, que el más soberbio Faraón domaste,

hundiendo en las olas su inmenso poder
 —carros y corceles, soldados y armas,
 sepultado todo para siempre fué,
 ¡ no dejes que sieguen espadas asirias,
 sedientas de sangre, tu mística mies !...
 ¡ Liberta a tu pueblo del fiero Holofernes !
 ¡ Protege a tus hijos, Señor de Israel !

EL PUEBLO

¡ Protege a tus hijos, Señor de Israel !

ELIACIM

¿ Tú que en el desierto de la estéril roca
 magnánimo hiciste las aguas correr,
 para que bebiesen los labios sedientos,
 ¡ haz que nuestros labios no mueran de sed,
 pues el enemigo cegó nuestras fuentes
 y en nuestras cisternas no hay ya que beber !
 ¡ Tú, que a los hambrientos diste en las arenas
 el maná, más dulce que panal de miel,
 no dejes que mueran tus hijos de hambre,
 pues en nuestros trojes no hay ya qué moler !
 Taló el enemigo bosques y sembrados...
 ¡ Ampara a tus siervos, Señor de Israel !

EL PUEBLO

¡ Ampara a tus siervos, Señor de Israel !

(Resuena un clamor de trompas de guerra. La multitud se levanta
 estremecida y se dirige tumultuosamente a la puerta del foro.
 Sólo Eliacim y los ancianos permanecen orando en la gradería.)

EL PUEBLO (Dirigiéndose a las murallas.)

—Resuenan cercanas trompetas de guerra...

—Las huestes regresan. —Corramos a ver...

(Al centinela, que se inclina sobre el muro.)

—Centinela, dínos : ¿ qué pasa en el campo?

¿ qué nuevas advierten tus ojos en él?

(Se hace un profundo silencio. El centinela se vuelve a la multitud
 profundamente emocionado.)

—¿ Qué pasa? ¿ Qué pasa?

CENTINELA (Al pueblo.)

¡ Derrota !

EL PUEBLO (Despavorido, cubriéndose el rostro con las manos.)

Los ancianos se mesan las barbas. Las mujeres sollozan. Pequeño
 silencio.)

¡ Derrota !

CENTINELA (Continúa observando.)

Los nuestros, vencidos, huyen en tropel,

tirando las armas... Arroja el asirio
 sus dardos... ¡ Son tantos, que el sol no se ve !

EL PUEBLO

—¡ Mis hijos ! —¡ Mi padre ! ¡ Mi esposo !

(Gritan y gesticulan como locos.)

CENTINELA (Con un gesto de silencio.)

¡ Silencio !

ELIACIM Y LOS ANCIANOS (Cayendo de nuevo de rodillas.)

¡ Ampara a tu pueblo, Señor de Israel !

CENTINELA (Vuelve a inclinarse hacia el campo. La multitud per-
 manece inmóvil, aterrada, al pie de las murallas.)

De las altas cimas de Estelió, los nuestros,

gritando descienden a todo correr...

Allá miro a Ozías, la espada en la mano...

Tinto está de sangre su blanco corcel...

Se interpone en medio de los fugitivos

y hacia los asirios los lanza otra vez...

EL PUEBLO (Sin poder contener su entusiasmo.)

¡ Victoria ! ¡ Victoria !

CENTINELA

Deshace sus filas...

Su acero la muerte siembra por doquier...

Duda el enemigo... Se retira... Huye...

y con más denuedo vuelve a acometer...

Retrocede Ozías..., pero se defiende...

¡ Una fortaleza cada roca es !...

Saltan a pedazos corazas y escudos...

La sangre a torrentes se mira correr...

(La ansiedad del pueblo sigue atentamente el relato.)

¡ Salvóse el ejército, gracias a su arrojo,

y a nuestras murallas se viene a acoger !

EL PUEBLO

—¡ Vamos a su encuentro !

—¡ Vamos a su encuentro !

(Salen por la calle de la derecha.)

ELIACIM Y LOS ANCIANOS

¡ Protege a tu pueblo, Señor de Israel !

(Mientras el pueblo desfila, Eliacim desciende lentamente del atrio
 y se aproxima a los ancianos.)

ESCENA II

ELIACIM y LOS ANCIANOS, conversando junto a la gradería del atrio.

ELIACIM

¡ Para el valor trocáronse en estériles
las fecundas entrañas isrealitas !
¡ Si los nobles guerreros cuyos huesos
gloriosos esta tierra fertilizan
rasgasen sus sudarios y se alzarán
de sus tumbas, al ver la cobardía
de sus nietos, de nuevo, avergonzados,
a sus viejos sepulcros tornarían !
Les ciegan los deleites de este mundo...
¡ Corazones sin fe, almas vacías,
por ahorrarse una gota de su sangre
a la Patria y a Dios inmolarían !
¡ Y el Señor, ofendido con su pueblo,
como res indefensa, le castiga
a morir sin piedad bajo la espada
de las feroces huestes enemigas !

ANCIANO 1.º

Del propio vientre maternal, el niño
nace corrupto ya...

ELIACIM

¡ Y hasta las víboras
aman más a la tierra donde brotan
que ellos a la ciudad que les dió vida !

ANCIANO 2.º

¡ Por un puñado de oro, hasta los huesos
de sus propios abuelos venderían !

ELIACIM

Dios en sus corazones nunca ha entrado...
Los visteis, hace poco, de rodillas,
con sus labios sin fe manchando el suelo,
pidiendo a Dios su protección divina...
¡ En sus bocas tan sólo oraba el pánico
y el temor de sentir la espada asiria
rasgar sus pobres carnes, tan inmundas,
que hasta los perros que, al nacer el día,
hozan hambrientos en los muladares,

como indigno festín despreciarían !
De Sodoma y Gomorra las infamias
en la vieja Betulia resucitan,
desafiando de Jehová la cólera...
Mas pronto ¡ ay ! de la ciudad maldita
ascenderán las llamas a los cielos
y esparcirán los vientos las cenizas.

ESCENA III

Dichos y MANASÉS, que entra precipitadamente por la izquierda.

MANASÉS

¡ Eliacim !... ¡ Eliacim !... Las huestes llegan...
¡ Si vieras cuánto herido !... El pueblo grita ;
se mesa los cabellos, gime y llora ;
muerde los labios y los puños crispera...
Alguien habló de paz, y esa palabra,
como si fuese fugitiva chispa,
corre de boca en boca y se transforma
en compacta y cobarde gritería...
Para tratar la paz, tan sólo esperan
que del campo enemigo torne Ozías...

ELIACIM

¡ La infame boca que esa voz pronuncie,
la lepra se la coma !... ¡ Maldecida
por Dios será, como la estéril planta
que ni los hombres ni aun las bestias pisan !
¡ Oh Señor de Israel, grande y potente,
Señor de la Venganza y la Justicia,
pon en mi diestra el haz de vivos rayos
con el cual te mostrastes en la cima
de la montaña, cuando, al son del trueno,
diste a Moisés las Tablas de la Vida,
para abrasar con él a los traidores
que sus deberes con la Patria olvidan !
Yo les diré a esas turbas miserables
que al pensar en la paz a Dios irritan :
— ¡ Desgarrad mis talares vestiduras !
¡ Pisotead esta sagrada insignia
de sumo sacerdote !— y si no logro

matar sus miedos y encender sus iras,
yo solo iré, con mis noventa años,
a clavarme en las lanzas enemigas !

(Sale, seguido de Masanés y de los ancianos, por la calle de la derecha.)

ESCENA IV

JUDITH y HEGLA, que salen de la casa de la derecha.

JUDITH Hegla, acércate a las puertas
de la ciudad. Vé qué pasa,
pues parece que del campo
alguna nueva es llegada.
Mientras desgarrado el velo
de mi viudez, desgrefñadas
y cubiertas de cenizas
estas trenzas, en mi cámara
oraba al Señor, pidiéndole
la libertad de mi Patria,
algo así como un estruendo
de trompas trajo una ráfaga
de viento, al hinchar las ricas
cortinas de mi ventana,
espantando a las palomas
que en su alféizar se arrullaban.

HEGLA También su clamor he oído
mientras que con tus esclavas,
para hacer hilas y vendas,
estas manos desgarraban
tantos vestidos de púrpura
y tantos velos de plata,
que una ciudad, con su importe,
como Betulia compraras.

JUDITH ¿Para qué quiero esas ricas
vestiduras y esas galas,
si hoy son polvo bajo tierra
los ojos que se alegraban
al contemplarme con ellas
revestida y ataviada?
Si se apagó en el silencio

infinito de la nada
aquella voz que en mi oído
dulcemente suspiraba :
— ¡ Qué bien sienta a tu hermosura
esa túnica bordada,
de perlas, y esos collares
de zafiros y esmeraldas,
que en vez de adornar tu cuello,
con tu cuello se engalanan !...
¿ Para qué esos atavíos,
si a quien el amor le falta
todo lo demás le sobra,
y hasta las mieles le amargan,
porque llegan a los labios
mezcladas con nuestras lágrimas?...
Vé y pregunta por Ozías
a los soldados...

HEGLA
JUDITH

¿ Le amas?
¿ Amarle?... ¡ Cállate, Hegla !
No hables de amor... Tal palabra,
o se profana en mis labios,
o ella a mis labios profana,
¡ que es para el amor mi pecho
como una tumba cerrada !
¿ Qué liviandad en mí has visto,
Hegla, cuando así me hablas?
¿ Tu mano, acaso, condujo
a algún amante a mi cámara?
Al descorrer los tapices,
¿ cuándo encontró tu mirada
junto al hueco de mis sienas
otro hueco en mi almohada?...
Sitial que ocupó mi dueño,
tálamo en que reposara,
antes que otro los profane
serán pasto de las llamas...
¡ Y lo mismo que con ellos
hiciera yo con mi alma
si dejase que otro rostro
en su cristal se mirara !
¡ Mas, señora, como a Ozías
estimas tanto, pensaba

HEGLA

JUDITH

que él fuese la Primavera
 que con su sol y sus auras
 cubriese otra vez de rosas
 el rosal de tu ventana !
 Al rosal muerto no hay brisa
 que resucitar le haga.
 Es verdad que estimo a Ozías
 por su valor. Es su espada
 la defensa de mi pueblo,
 y si esa espada nos falta,
 caerá Betulia con ella,
 pues no podrán ampararla
 ni los pechos de sus hijos,
 ni sus altivas murallas.

(Proféticamente con voz misteriosa.)

¡ Amor !... ¡ Para fin más alto
 Dios me tiene destinada !
 Cuando todo esté perdido
 para Betulia, y no haya
 ni fe para sostenerla
 ni valor para salvarla,
 será esta mano tan débil
 de mi pueblo la esperanza ;
 y lo que no consiguieron
 sus guerreros con las armas,
 habrá de lograrlo una
 mujer por su Dios guiada...
 ¿ Y cómo ha de amar a un hombre
 quien ama tanto a su Patria ?

(Le acomete de pronto una gran agitación.)

¿ Qué tienes ? (Corriendo a ampararla.)

(Confidencialmente, con misterio.)

Escucha, Hegla.

Inmóvil y arrodillada,
 sangrando bajo el cilicio
 mi carne, anoche rezaba
 en mi alcoba, a los fulgores
 mortecinos de la lámpara,
 cuando de pronto en las sombras
 miré extinguirse su llama,
 cual si al soplo de unos labios
 invisibles se apagara,

HEGLA
JUDITH

y sentí en mis oídos
 una voz que murmuraba :
 — Tú salvarás a Betulia
 cuando no tenga esperanza !—
 Calló la voz, y de pronto
 volvió a encenderse la lámpara...
 ¡ Para salvar a Betulia
 el Señor habló a mi alma !...
 ¡ Y aun a costa de mi vida,
 te juro que he de salvarla !...

(Aparecen Eliacim, Aquior, ancianos y soldados por la derecha.)

HEGLA

(Imponiendo silencio.)

¡ Callad ! Eliacim se acerca.

El nos dirá lo que pasa.

ESCENA V

Dichas ; ELIACIM, AQUIOR, ANCIANOS y dos soldados que conducen a Aquior. Penetran todos por la izquierda. Judith y Hegla se les acercan.

ELIACIM (A Aquior.)

Asilo encontrarás entre nosotros.
 Contigo partiremos como hermanos
 el pan, el agua y nuestra dura suerte...
 Mas ¿ qué móvil, Aquior, aquí te trajo ?

AQUIOR

Escuchadme, Eliacim. Oid, mujeres,
 y vosotros también, nobles ancianos.
 Como hambrientas bandadas de langosta
 sobre el tierno verdor de los sembrados
 Holofernes cayó sobre nosotros
 y nos marcó su hierro como esclavos,
 haciéndonos dejar nuestros hogares
 y a servir en sus huestes obligándonos. (A Eliacim.)
 Ya sabes que estudié de los caldeos
 la ciencia oculta y los conjuros mágicos
 que descifran los sueños y predicen

el porvenir en los remotos astros.

(Pequeña pausa. Todos se agrupan en torno de Aquior.)

Sofió anoche Holofernes. Iba solo
 por florido jardín. Sus rudas manos,
 al pasar, deshojaban los rosales...
 De súbito sus ojos contemplaron
 una rosa más blanca que la nieve,
 cuya belleza excepcional le atrajo.
 Tendió la mano..., y al tocar la rosa,
 oculto un áspid le mordió en la mano...
 Inquieto y temeroso despertóse,
 y a interpretar su sueño me llamaron.
 Yo le dije:—Señor, esos rosales
 que fueron deshojándose a tu paso,
 son todas las ciudades que han caído
 bajo el bélico empuje de tu brazo;
 y Betulia es la rosa donde oculto
 áspid te hirió... Dirige tus soldados
 hacia otra ciudad; pues mientras quede
 en Betulia un espíritu esforzado
 que sea a su Dios fiel, jamás en ella
 rechinarán las ruedas de tu carro.—
 Y Holofernes, colérico, me dijo,
 cruzando mis mejillas con su látigo:
 —¡ Oh vil embaucador, para que veas
 el pavor que me infunden tus presagios,
 a Betulia te irás, y antes que muera
 cinco veces el sol en los espacios,
 en su plaza más amplia ha de arrancarte
 la lengua, de raíz, mi propia mano.—
 Sus gentes me trajeron a esos montes,
 donde, a un tronco de encina maniatado,
 hace poco, al volver de la refriega,
 me hicieron prisionero tus soldados.
 ¡ Y aquí estoy, Eliacim! Aquí me tienes,
 rey sin cetro y corona, a ti entregado,
 como cautivo recental que aguarda;
 tendido el cuello sobre el blanco mármol,
 los fatídicos golpes del acero
 que ante el ara de Dios han de inmolarlo.
 Os dije la verdad, nobles varones...
 ¡ Permita el cielo, si os mintió mi labio,

que a mi presencia, ante mis mismos ojos,
 para que sirva a mi dolor de escarnio,
 mire morir mis hijos y violadas
 a mis mujeres en mi propio tálamo!

ELIACIM

Tu acento, noble rey, es el acento
 de la sinceridad.

(Abrazándole.)

Toma mis brazos;
 y aquí libre serás, si somos libres,
 o con nosotros morirás luchando.

JUDITH (A Aquior.)

Mi casa es tuya. Fatigado vienes,
 y en ella encontrarás paz y descanso.

ELIACIM

Acéptala, Aquior. Otra más noble
 no hallarás en Betulia...

ANCIANO 1.º

Ni más grato

retiro...

ANCIANO 2.º

Ni mujer más generosa.

ANCIANO 1.º

Su piedad de los pobres es amparo.

ELIACIM

Más bello que su rostro sólo existe
 su corazón. Si todos los soldados
 que defienden los muros de Betulia
 tener pudieran de Judith los ánimos,
 desbaratado el enemigo huiría
 por esos montes, cual tropel de gamos
 que sienten en sus ancas las caricias
 de los agudos dientes de los galgos.

JUDITH

No haced que se sonrojen mis mejillas
 inmerecidas frases escuchando.

(A Aquior, dándole las manos.)

Mas tu faz de fatiga palidece.

Cruzarás esta puerta de mis manos,
 y contigo también entre en mi casa
 la bendición de Dios.

(Le hace entrar en su casa.)

¡ Quedad, ancianos,

en paz!... ¡ Que Dios nuestra ciudad ampare!

ELIACIM (Bendiciéndola.)

¡ Él dirija también, Judith, tus pasos!

JUDITH (Al entrar.)

(¡ El sueño de esta noche acaso pueda este sabio monarca interpretarlo !)

ANCIANO 1.º (Señalando a Judith.)

¡ Qué alma más generosa !

ANCIANO 2.º ¡ Otra no existe en Betulia !...

ELIACIM ¡ Nosotros ahora vamos a la puerta de Belma, a ver si Ozías, vencido o vencedor, torna del campo !

(Se van lentamente por la derecha.)

ESCENA VI

SOLDADO 1.º y SOLDADO 2.º

SOLDADO 1.º ¿ Esa es Judith de Betulia ?

SOLDADO 2.º La misma. ¿ No la conoces en lo humilde de su traje y en lo altivo de su porte ? En los labios del que sufre es panal de miel su nombre, y es la bondad de su alma, para las manos del pobre, manantial que no se agota por más que sin diques corre.

SOLDADO 1.º ¿ Y es rica ?

SOLDADO 2.º Muy rica. Guarda en su almazara y sus trojes todo el aceite y el trigo que en Betulia se recogen. Sus joyas son las más bellas, sus viñas son las mejores, y son tantos sus rebaños que contarlos no hay quien logre.

SOLDADO 1.º ¿ Y cómo sigue viuda, siendo rica, bella y joven ?

SOLDADO 2.º Porque su virtud supera a todas sus perfecciones. Desde que murió su esposo —ha tres años,— a los goces

de la vida renunciando, en su cámara encerróse lo mismo que en un sepulcro. Y en ella las horas corren entre ayunos y cilicios, y entre llantos y oraciones. En vano a su puerta llaman los más soberbios varones de la ciudad, ¡ hasta Ozías !, pues del amor a los golpes, por más que fuertes resuenen, ni las abre, ni aun responde.

SOLDADO 1.º (Se oye un rumor de pueblo por la derecha.)

¿ Pero qué pasa ? (Mirando por la esquina.)

¡ Las turbas se aproximan dando voces !...

SOLDADO 2.º Siempre, después de un combate, iguales gritos se oyen...

Se abrazan a los heridos. Y las cabazas esconden bajo el manto, sollozando como mujeres, los hombres.

SOLDADO 1.º ¡ Ay, qué va a ser de nosotros, si el cielo no nos socorre !

(Penetran Eliacim y ancianos con un hombre herido y gentes del pueblo.)

ESCENA VII

Dichos, ELIACIM, ANCIANOS, PUEBLO, UN HOMBRE HERIDO, y luego, MANASÉS y UN HERALDO.

ELIACIM

¿ Cesó la refriega ?

HOMBRE HERIDO En las altas cumbres se defiende Ozías igual que un león...

Sus huestes contienen a los enemigos.

¡ A todo el ejército su arrojo salvó !

Sin él, bajo el filo de la espada asiria perecieran todos al pie de Estelión, como las espigas en la siega caen

bajo los certeros golpes de la hoz,
y los enemigos hasta esas murallas
llegasen bramando, locos de furor,
lo mismo que un ronco río desbordado
que rompiendo el dique que lo aprisionó
se lanza a los valles y lo arrasa todo
con la fuerza ciega de la inundación.

EL PUEBLO

¡ Viva Ozías !... ¡ Viva ! (Resuena una trompa de guerra.)

CENTINELA (A Eliacim.)

Del campo enemigo

se acerca un heraldo.

(El pueblo grita.)

ELIACIM

¡ Callaos, por Dios !

¡ Abridle las puertas ! Dejadle que pase.

¡ En nombre de todos voy a hablarle yo !

(Manasés y los soldados se acercan a las puertas y las abren. En ellas aparece el heraldo. La multitud permanece muda. Por las puertas del foro se ven montañas lejanas, doradas por el sol de la tarde. El heraldo avanza lentamente, seguido de Manasés y los soldados, en actitud provocativa, hasta el centro de la escena. La multitud se abre para dejarle paso.)

HERALDO (Mirando a un lado y a otro con insolencia. El silencio es profundo.)

Gentes de Betulia, doblad las cervices,
y con vuestros labios inmundos besad
la tierra que pronto será vuestra tumba,
porque os hablo en nombre de mi general,
del noble Holofernes, señor de más pueblos
que astros tiene el cielo y arenas el mar !
Miles de ciudades cayeron al filo
de vuestras espadas. Su carro triunfal,
que arrastran diez reyes, recorre la tierra.
La muerte y la ruina caminan detrás.
Bajo nuestras férreas pisadas, el suelo
se seca de espanto. ¿ Quién resistirá
el bélico empuje de nuestros soldados ?
¡ Son tantos, que nadie los puede contar !
¡ Si avanzan, parecen motañas que ruedan !
¡ Si gritan, semejan una tempestad !
¡ Gentes de Betulia, en su nombre os brindo
la vida o la muerte, la guerra o la paz !
¡ Si antes de tres días, cual viles esclavos,
no os entregáis todos a su voluntad,

cual una tormenta de dardos y flechas
caerán sus ejércitos sobre la ciudad !

¡ Todo será nuestro ! ¡ Haciendas y vidas !

¡ De nuestros aceros no esperéis piedad !

Y vuestras esposas y vuestras doncellas,
en vasos de oro vendrán a escanciar
vuestros propios vinos, puestas de rodillas.
en el loco estruendo de la bacanal.

Y después sus labios, sobre vuestros lechos,
de amor y lujuria nos embriagarán.

¡ Vuestra negra sangre correrá a torrentes,
y dioses y templos por tierra caerán ;

y cuando los buitres acudan, voraces,

al olor de sangre, sobre la ciudad,

en la inmensa pira que lo abraza todo

como mariposas se irán a quemar...

Si os rendís, cobardes, esclavos seréis.

Si lucháis de nuevo, la muerte esperad ;

¡ que así Holofernes castiga a los pueblos

que oponerse intentan a su voluntad !

EL PUEBLO (Amenazante, al heraldo. Los soldados lo contienen.)

— ¡ En la cruz clavemos al heraldo !

— ¡ Ahorcadle !

— ¡ Desolladle vivo !

— ¡ Aquí morirá !

— ¡ Que muera !

— ¡ Que muera !

ANCIANOS (Al pueblo.)

¡ Silencio !

EL PUEBLO

¡ Quemadle !

(El heraldo permanece en actitud desafiante.)

ANCIANOS

¡ Silencio !

MANASÉS

¡ Silencio ! Eliacim va a hablar.

(Se hace un gran silencio.)

ELIACIM (Desde la gradería.)

Dí, siervo, a tu dueño, que Betulia nunca
como vil esclava se le rendirá,
mientras haya hierros con que forjar armas
y brazos que puedan con ellas matar.
¡ Que humille en el polvo su cerviz idólatra
antes que fulmine sobre ella Jehová,
los rayos potentes de sus justas iras

y jefe y ejércitos destruya a la par!
 ¡Márchate a tu campo! Si vuestros soldados
 son tantos que nadie los puede contar,
 si al andar parecen florestas de lanzas
 y sus gritos fingen una tempestad,
 sobre esas murallas, más firmes que montes,
 su esfuerzo y sus bríos se irán a estrellar,
 como en los roquedos de la abrupta playa
 se estrellan bramando las furias del mar.
 ¡Vete, y dí a tu amo mi respuesta, siervo,
 y agradece al cielo que libre te vas!

(La multitud acoge con un murmullo de aprobación las palabras de Elacim.)

HERALDO (Sin dejar su actitud provocativa.)

¡Por cada cabello que de mí arranquéis,
 a millares vuestras cabezas caerán!

(Disponiéndose a partir.)

¡Gentes de Betulia, mi mensaje oísteis!
 ¡Vuestros miserables cuellos preparad
 para el sacrificio, que antes de tres días
 de Betulia sólo ruinas quedarán!

(El pueblo, enloquecido, amenaza al heraldo. Manasés y los soldados procuran contenerlo.)

EL PUEBLO

¡Muera!—¡Muera!—¡Echadle una sogá al cuello
 y arrastradle luego por nuestra ciudad!
 —¡Con un ariete al campo enemigo
 su cabeza trunca sangrando arrojad!
 —¡Como a un perro hambriento, matadlo a pe-

(Los ancianos se interponen. Eliacim desciende.) [dradas!

ELIACIM (Tendiendo los brazos a la multitud.)

¡Por el santo y puro nombre de Jehová,
 mi voz os conjura, gentes de Betulia!
 Dejadlo que salga...

EL PUEBLO (Sin dejar su actitud.) ¡No tened piedad!

HERALDO (Con gesto de desafío.)

¡Cobardes!

(Hay un momento en que parece que van a despedazarle. Los soldados retroceden. Uno del pueblo coge una piedra. El heraldo permanece sereno.)

ELIACIM (Interponiéndose.) ¡Detente!

EL PUEBLO (Una mano dispara una piedra que rebota en el casco del heraldo. Se disponen a acometerle.)

¡Toma, miserable!

ELIACIM (Cubriendo con su cuerpo al heraldo.)

¡Antes de tocarle, matadme! Aquí están
 mi sagrada insignia y mi débil cuerpo...

¡Esta insignia y este cuerpo apedread!

ANCIANOS (Interponiéndose.)

¡Deteneos!

(El pueblo retrocede.)

ELIACIM (A los soldados.)

¡Soldados, guardad al heraldo!

Yo mismo su vida voy a custodiar.

¡Y si algún cobarde quiere herirle, antes
 sobre este cadáver tendrá que pasar!

(Se dirige a la puerta del foro, siguiendo al heraldo; tras él caminan los soldados, Manasés y algunos ancianos.)

EL PUEBLO

¡Dejadlo! ¡Dejadlo! Salgamos al campo
 de Belma.—Salgamos la hueste a esperar.

—Va a llegar Ozías. —¡Vamos a su encuentro,
 que es su firme brazo nuestra libertad!

(Sale el pueblo por la derecha.)

ANCIANOS (Al salir, trabajosamente apoyados en sus báculos.)

—¡Ampara a tu pueblo, Dios de los ejércitos!

—¡Libra de enemigos a nuestra ciudad!

(La escena permanece sola un instante. Por la puerta del foro, abierta, se ve el campo. Aparece Judith. Viene envuelta en un manto de púrpura, la cabeza ceñida por una diadema deslumbrante de pedrerías. La siguen Aquior y Hegla, que lleva en las manos un espejo de plata y un rico cofre con velos y joyas.)

ESCENA VIII

JUDITH, AQUIOR y HEGLA.

AQUIOR

¿Persistes en partir?

JUDITH

Señor, ¿no has visto
 la angustiosa tristeza de mi pueblo?

Esas madres famélicas que pasan
sollozando y mesándose el cabello,
sin dar savia a sus hijos, porque el hambre
ha cegado la fuente de sus senos.

Esas pobres viudas que sollozan
cubiertas de ceniza, como espectros,
acurrucadas sobre los umbrales,
el rigor de su suerte maldiciendo
Tanto herido que expira, revolcándose
de dolor, en su sangre, sobre el suelo,
sin que mano piadosa acerque el agua
hasta sus labios, por la fiebre secos.
Huérfanos que pululan por las plazas
como perros sin dueño...

Tanta casa vacía, y por las calles
pudriéndose, insepultos, nuestros muertos.
Secas están las fuentes y agotados
los viveres. Luchando, sucumbieron
los más valientes. En Betulia sólo
quedan mujeres, débiles enfermos,
niños y ancianos; brazos que no pueden
ni alzar las hondas, ni esgrimir los hierros...

¿Cómo va a resistir al enemigo?
Entrarán al asalto sus ejércitos,
y aun en la poca sangre que nos queda
saciarán el furor de sus aceros.

¡ Señor, Señor, dale a mi débil brazo
el vigor de los robles y el certero
herir del rayo, para que él liberte
de pesadas cadenas a tu pueblo!

AQUIOR

¡ Calma, mujer! ¡ Refrena tu impaciencia;
templa tu voluntad como el acero,
para que puedas realizar triunfante
el alto fin que te destina el cielo!
Mas... ¿sabes dónde vas?

JUDITH

Donde me guía
la mano del Señor. Desde hace tiempo,
a todas horas, en mis oraciones,
la voz de Dios declame en secreto:
—¡ Parte al campo enemigo, Judith, parte,
que en él conseguirás librar tu pueblo!

Tú me has dicho, Aquior, que esa voz santa
seguir sin treguas ni temores debo.

AQUIOR

Mas ¿qué piensas hacer?

JUDITH

No pienso nada.
Cumplir la orden divina. Y si perezco,
¿qué importa que yo muera, si mi sangre
puede salvar la vida de mi pueblo?

(Dirigiéndose al cielo.)

¡ Señor, Señor, yo soy tu pobre sierva
y tus santos mandatos obedezco!

AQUIOR

Yo no quiero enfriar tus entusiasmos
con mi experiencia. Prosigue el sendero
que Dios te marca, porque estoy seguro
que tornarás triunfante de tu empeño.
Para el poder de Dios todo es posible.
Quien sacó de la nada el mar, los cielos
y la tierra, quien tantas maravillas
creó con sólo un soplo de su aliento,
¿cómo no podrá hacer, si así lo quiere,
que se convierta en realidad tu sueño,
y al gavián destroce la paloma
y devore a los lobos el cordero?
Parte al campo enemigo: y por si acaso
en alguna ocasión, como me temo,
necesitas un brazo que te ampare,
toma este anillo que ciñó mi dedo,
pregunta por Oreb, mi pobre hermano,
y a él, sin temores, en mi nombre, muéstralo.

(Le da un anillo.)

JUDITH

(Colocándose el anillo. A Aquior.)

Gracias, gracias, señor.

(A Hegla.)

Tráeme mis joyas

las más hermosas; los más ricos velos;
todo cuanto realce mi hermosura...
Porque soy bella aún... Dame ese espejo.

(Toma el espejo y se contempla en él, admirada de su propia
belleza.)

Hace ya tantos años que no he visto
en él mi rostro, que al mirarme siento
la curiosa emoción que siente el niño,

mezcla alegre de orgullo y de respeto,
al ver por vez primera en un estanque
reflejado el milagro de su cuerpo.

(Recreándose en su contemplación.)

Aun fulguran ardientes mis pupilas
como si fuesen dos diamantes negros;
aun son bellas y puras mis facciones
y largos y ondulados mis cabellos,
y aun florece en la rosa de mis labios
la tentación fragante de los besos.
Cíñeme mis pulseras, mis ajorcas;
ajusta a mi tiara el largo velo;
agobia de sortijas estas manos
y carga de collares este cuello,
blanco y suave como el de las tórtolas
que se arrullan de amor en los viñedos.

(Hegla cumple las indicaciones de Judith. Se oye a lo lejos el griterío de las turbas.)

ESCENA ÚLTIMA

Dichos; ELIACIM, MANASÉS, ANCIANOS, SOLDADOS y PUEBLO
El pueblo invade tumultuosamente la escena, dando pruebas de un gran dolor. Las mujeres se mesan los cabellos; los hombres se desgarran los mantos. Por la puerta del foro aparece el cortejo fúnebre. Delante, Eliacim y los ancianos; después, el cadáver de Ozías, conducido por cuatro capitanes, sobre un broquel. Detrás, soldados. La gente se agrupa en torno del cadáver.

EL PUEBLO

—¡ Cayó muerto Ozías! ¡ Cayó muerto Ozías!
—¡ Nuestras esperanzas murieron con él!
—Señor, ¿quién, ahora, salvará a tu pueblo?
¿qué brazo robusto nos va a defender?
—¡ Miradle, allá viene! ¡ Cuatro capitanes
portan el cadáver sobre su broquel!—
Aun empuña el hierro su mano crispada,
como si aun quisiera defendernos! —¡ Ved:
tiene siete heridas sangrando en el pecho

y lleva tres flechas clavadas también!—

SOLDADOS (Conduciendo lentamente el cadáver hasta la gradería.)

—¡ Paso! —¡ Paso! —¡ Paso!...

(El pueblo contempla el cadáver con dolor y respeto.)

EL PUEBLO (Tendiendo los brazos al cielo.)

—¡ Cayó muerto Ozías!

—Sin él, de Betulia, Señor, ¿qué va a ser?

ELIACIM (Al pie de la gradería. A los capitanes.)

¡ El cuerpo del héroe que cayó luchando
por salvar la Patria, a Dios ofreced!
Subidle hasta el atrio. A los pies del ara
santa, capitanes, sus restos tended.

(Los capitanes suben el cadáver. Solloza la gente.)

¡ Que flote el incienso! ¡ Que giman las arpas,
y a su son, doncellas, los velos romped
y llorad, que ha muerto nuestro único apoyo...
¡ Cayó el valeroso león de Israel!

(Los arpistas pulsan las arpas. Los turibularios agitan los incensarios. Las mujeres rasgan, llorando, sus velos y los arrojan en la gradería.)

¡ Vosotros, soldados, jurad que a los cintos
los nobles aceros jamás volveréis
mientras en la sangre de los enemigos
la muerte del héroe vengada no esté!

(Los soldados permanecen inmóviles, abatidos. Se hace un silencio profundo. Judith, apoyada en el brazo de Aquior, contempla emocionada la escena desde el umbral de su casa.)

EL PUEBLO (Como despertando de un letargo.)

—¡ Que cese la guerra! —¡ La paz deseamos!

(Se forma un tumulto. Algunos soldados tiran sus escudos.)

UN HOMBRE (Adelantándose a Eliacim.)

Eliacim, ¿lo oyes? ¿Para qué emprender
de nuevo la guerra, si de hambre y de fiebre
los brazos no pueden las armas tener?

OTRO HOMBRE (A Eliacim.)

¡ Si cayeron tantos que pudieran juntos
formar una nueva torre de Babel!

HOMBRE 1.º

¡ No tenemos casa para tanto herido!
¡ En nuestros molinos no may ya qué moler!

HOMBRE 2.º

Cegó el enemigo fuentes y acueductos,
y Betulia entera se muere de sed.

(La muchedumbre asiente, gritando y estrechando el círculo en torno de Eliacim y los ancianos.)

ELIACIM (Con energía.)

¡Si el hambre os acosa, morded vuestros puños;
si la sed os quema los labios, bebed
vuestra propia sangre, antes que delante
de estos nobles restos de la paz habléis!

HOMBRE 1.º

No tenemos hierros con que forjar armas.

ELIACIM

Las tiene el asirio. Por ellas corred.

ANCIANOS (Al pueblo.)

¡Venguemos a Ozías! ¡Vengad esta sangre!

EL PUEBLO

Sin fuerzas ni armas, ¿qué vamos a hacer?

(El pueblo grita y gime desesperadamente.)

JUDITH (Mostrándose al pueblo, fulgurante de belleza en la fastuosidad de su atavío, toda envuelta en su manto de púrpura, como bañada en su propia sangre. La tarde empieza a declinar.)

¡Por el santo nombre del Señor, silencio!

¡Gentes de Betulia, mi voz atended!

(Desciende hasta el centro de la escena.)

EL PUEBLO

¡Silencio! ¡Silencio! ¡Que Judith lo ordena!

—Ella es nuestra gloria.—¡Nuestro amparo es!

JUDITH (Solemnemente.)

¡En Dios confiemos! Es verdad que Ozías
allá yace muerto sobre su broquel.

Mas ¿qué lengua infame a decir se atreve
que las esperanzas murieron con él?

Todo se ha perdido... pero Dios nos queda.

¿No hundió a los egipcios? ¿Por qué no ha de
[hacer

que ahora, como entonces, se salve su pueblo,
si nada limita su inmenso poder?

¿Tenéis sed y hambre? Saquead mis trojes;

matad mis rebaños, mis vinos bebed,

repartid mis joyas... Es vuestra mi casa...

¡Aquí de sus puertas las llaves tenéis!

(Saca del manto un manojo de llaves de plata y las arroja a la multitud, que admira la contemplación.)

EL PUEBLO (Reaccionando.)

¡Viva Judith! —¡Viva!

JUDITH (Profética.)

Gentes de Betulia,

en vez de, cobardes, la paz pretender,

doblad las rodillas en la dura tierra

y al Señor de nuevo los brazos tended,

pidiendo que nunca nos niegue su amparo...

¡Él ha de salvarnos, si tenemos fe!

¡Lo que no pudieron conseguir los hombres,

por su Dios guiada, lo hará una mujer!

(Asciende por la gradería. La multitud atónita, se va arrodillando.)

ANCIANOS (A Judith.)

¿Qué intentas?—¿Qué intentas?

JUDITH (Al pueblo, cerca del atrio.) De rodillas todos.

Al campo enemigo me marchó. La fe

me muestra el camino. Si antes de tres días

no sois libres todos, la paz acoged!

Esperad tres soles. ¡Orad por mi suerte,

y al Señor pedidle que amparo me dé!

(Se arrodilla en el último tramo y coloca sus manos sobre el cadáver.)

¡Que yo, por la sangre caliente del héroe,

en el santo nombre del Dios de Israel,

por su gloria os juro, puesta de rodillas,

que antes de tres días ya libres seréis!

ELIACIM

¡Señor, no nos dejes de tu mano!

(Alzando los ojos al cielo. Después se vuelve a Judith.)

Díme,

en el campamento, ¿qué intentas hacer?

JUDITH (Empezando a descender la gradería.)

Yo nada sé. Cumplo de Dios los designios.

¡Vosotros, piadosos, cumplidlos también!

¡Y cuando en el campo contrario una antorcha

entre las tinieblas contempléis arder,

gritando de júbilo, a Dios dadle gracias,

porque del asirio ya libres seréis! (A Eliacim.)

Bendigan mi frente, Eliacim, tus manos.

(Eliacim coloca sus manos sobre la frente de Judith.)

¡ La sangre de Ozías yo la vengaré !

(Se aleja, seguida de Hegla, entre la multitud, arrodillada.)

¡ Adiós, pueblo mío !

(Volviendo el rostro al traspasar la puerta.)

ELIACIM (Arrodillado en la gradería.)

Oremos, oremos.

(Resuenan las arpas y ondean los incensarios.)

¡ Protege a tu sierva, Señor de Israel !

Judith, con el último rayo de sol, desaparece por la puerta del foro.)

EL PUEBLO

¡ Protege a tu sierva, Señor de Israel !

(Todos inclinan la cabeza. Hasta los centinelas, en los torreones, oran también.)

TELÓN LENTO

FIN DEL ACTO PRIMERO



ACTO SEGUNDO

La tienda de Holofernes, sostenida por cuatro pilares de bronce, que semejan troncos de palmera, cubierta de pieles de leones, sedas multicolores y fabulosos tapices con escenas bárbaras de guerra y caza. En algunos de ellos se ven los espantosos suplicios a que los asirios sometían a sus prisioneros. En otros, un cortejo real. Batallas. En uno, la imagen de Gildames estrangulando un león. Al fondo de la escena, una enorme y pesada cortina de púrpuras, franjeada de oro. A la izquierda, en primer término, el trono, sostenido por los toros alados, bajo un dosel de seda roja. A la derecha, la entrada de la tienda, oculta por una cortina de púrpura. En la penumbra centellean los reflejos acerrados de las armas y de los arneses. Una amplia alcatifa cubre el pavimento. En los cuatro ángulos de la tienda, cuatro lámparas de oro, y una enorme de tres brazos en el centro. Es de noche.

ESCENA PRIMERA

HOLOFERNES, RODOPIS, UN COPEROS, cortesanas y esclavos. (Holofernes descansa apoyado en un codo sobre un lecho de púrpura, al lado del trono. Cerca de él, puesto de rodillas, un copero le escancia el vino. Dos esclavas, con ánforas de oro, arrodilladas también, junto al copero. En el centro de la escena las cortesanas tañen arpas y laúdes. Bajo la luz de la lámpara Rodopis canta.)

RODOPIS

(Cantando.)

Amor es niño travieso

que juega con su dolor...

Se adormece con un beso...

¡ Duérmete en mi boca, amor !